

Carlos Pardo
EL VIAJE A PIE
DE JOHANN SEBASTIAN

EDITORIAL PERIFÉRICA

A Amelia.

A mis hermanos.

A mi padre.

En cierta ocasión, yo era el punto de equilibrio de una familia; podía hacer lo que quisiera, que nunca repercutía en mí, sino en los otros.

SØREN KIERKEGAARD

La identidad se inventa justo cuando se colapsa la comunidad.

JACK YOUNG

Entre las múltiples circunstancias que han condicionado nuestra vida familiar, una de las más significativas es la del colegio de mi hermano. No sé cómo diagnosticarían a Juan en estos tiempos medicalizados. Dirían que es hiperactivo o que tiene déficit de atención. Le darían pastillas. Cuando no había cumplido los nueve años Juan ganó el concurso de Scalextric de El Corte Inglés. Ganó a niños y adultos. En otra familia se habrían dado cuenta de que era un genio. Ya sé que es mi hermano y que quizá no sea un genio, sino disléxico, pero el caso es que Juan era un superdotado con malos resultados en clase. Iba al colegio a embrutecerse. No atendía. Y un amigo de la familia le recomendó a mi padre un colegio para niños con problemas escolares, un colegio muy especial.

Juan entró en el Nervión cuando aún no había cumplido los trece y dio resultado. Llegaba a casa contento y mi madre se sorprendía de las buenas notas (mi padre estaba lejos de casa, instalando receptores y antenas de radio en los montes de Galicia), así que para apoyar a Juan en su recuperación escolar, a la oveja negra, al descarriado que se perdería para siempre, pero por fin recuperado, mis padres fueron a la fiesta de Navidad del Nervión y no a mi guardería, qué le vamos a hacer.

En el pequeño edificio de paredes de cal con dibujos de payasos y educadísimos padres que la salu-

daban por los pasillos, mi madre descubrió que el Nervión era un colegio de subnormales.

—No exageres porque haya dos o tres mongólicos.

Papá se hacía el remolón, pero evidentemente era un colegio de niños discapacitados, que adulaban a mi madre con voz difícil:

—¡Qué guapa es usted, señora!

—¿Por qué no has dicho nada? —preguntaron a Juan, y él contestó que allí era el rey.

Pero volviendo a Portugal y al punto de inflexión en mi estética: una mañana, Miguel me llevó a Mira en su Vespa. Por las noches, Javier y él iban hasta allí a una discoteca, y yo no quería que me dejaran solo con tanto niño pequeño (en las lindes de la urbanización, Fiona se morreaba con uno de los gemelos gallegos). Javier se había echado una novia portuguesa que le duró todo el verano y Miguel iba de flor en flor. Eso me contaba en su Vespa, a tres por hora, en aquella carretera flanqueada por árboles, con olor a eucalipto, un día de sol pegajoso de un verano intermedio, prometedor, con el viento en contra.

Entonces tuvo lugar el cambio, la gran transformación que marcaría mi carácter durante los siguientes quince años.

Pero antes una puntualización. Miguel era un dandi. Y también era mensajero con su Vespa. Se parecía a Paul Weller. Le quedaba bien cualquier cosa. Me defendía cuando me metía en alguna pelea.

Unos años antes, justo antes del mutis paterno, Miguel, con dieciséis años, tuvo un accidente de moto y no pudo ir a clase durante tres meses. Papá no le permitió la deshonra de repetir curso y lo puso a trabajar, aunque Miguel había sido buen estudiante o, por lo menos, el mejor estudiante de la familia.

Pero eso nos desvía del tema: si hemos de ser rigurosos, la verdad es que en mi familia nunca hemos sido dandis. Éramos demasiado feos. No éramos dandis, sino anacrónicos.

Excepto Miguel, que era guapo, dandi y anacrónico.

Lo anacrónico no es igual que lo *vintage*. El anacronismo es la posibilidad de escapar a la condena de la actualidad. En lo anacrónico no hay una ficción de origen, como en lo *vintage*. El anacronismo es un tiempo que rompe la cadena que le echamos al tiempo para darle un sentido. Es una subversión de la linealidad. Lo anacrónico es político. Crea una disonancia en la superficie aparentemente quieta de la realidad. En cambio, lo *vintage* y lo *retro* son falsas genealogías de esta omnipresente actualidad, contribuyen a la cadena, son la cadena: ponte la camisa que compraban tus padres, las gafas de tu tío abuelo, compra tiempo edénico... Por el contrario, ser anacrónico es ser joven en un mundo clausurado. Y resistirse.

A pesar de mi juventud, con Miguel, en la moto, yo era consciente de la diferencia entre un dandi y

un adolescente de trece años que empieza a sentirse a sus anchas en el anacronismo.

Y entonces llegó la cristalización.

Al bajarnos de la Vespa el aire me había abultado la parte de arriba del peinado. El flequillo seguía hacia abajo, pero el resto del pelo se alzaba casi en punta, denso pero espaciado. Entonces Miguel me cogió de la cabeza. Ahuecó un poco los lados:

—A ver... —Me echó las incipientes patillas hacia delante y dijo—: Ya está. Esto es el *back-combing*. Así es el peinado mod.

Fue en un viaje a Italia. Íbamos a visitar a mi tía. Se turnaban al volante mi padre y mi madre. No sé si ella me lo dijo cuando él dormía o si lo hablaron cuando, en el asiento trasero, con diez años, jersey azul acrílico y libro de Garfield, quien dormía era yo. Fue a la altura de Cannes.

Mi madre pronunciaba «Can» y yo le corregía: se dice «Canes». Dormimos en un hotel en primera línea de playa. Mamá se sentía elegante por alojarse en «Can», pero aquello no era un hotel, sino un hostel con pardas cortinas gruesas. Yo ocupaba una habitación estrecha, donde leía mis tiras del gato gordito; mis padres probablemente aún dormían juntos.

—Tú padre y yo hemos estado hablando. Papá tiene una amante. Papá y yo nos vamos a separar.

Creo que fue un alivio, y algo así le dije a mi madre.

Mi padre le dio a elegir entre sus hijos y él. O eso me dijo ella.

En cierto modo, aquel viaje era la repetición desfamiliarizada de otro que habíamos hecho en el Supermirafiori de papá: sur de Francia, Suiza, sur de Alemania, norte de Italia y norte de Yugoslavia. Los padres delante y los cinco hijos detrás (yo, con cinco años, tumbado encima de mis hermanos, que me habían disfrazado de Hitler). Un viaje con muchas anécdotas. Ahora éramos tres, lo mínimo que se entiende por familia.

Ya en Italia, con mi tía Mariavi y Vani, su marido, recorrimos la Emilia Romagna y visitamos San Marino. Vani me compró una gorra de Fórmula 1 de Ferrari, me dio a probar quesos poco curados y me descubrió los *strozzapreti*, estranguladuras, mi pasta favorita, que no he vuelto a probar.

Me bañé, cada vez más relleno, en Cesenatico y Milano Maritima, playas del Adriático donde, por primera vez, vi más señoras obesas que delgadas, paisaje que luego, con los años de bonanza, sería habitual en la costa española.

Cada quince minutos se anunciaba el barco *La Principesa* con potentes megáfonos. Mi padre llevaba una fina cazadora mil rayas y me hacía fotos. Mi padre era aún mi padre. Yo debía de seguirlo a todas partes y preguntarle por coches y armas. Tuvo que

ser un momento especialmente difícil para él. Su pequeño hijo, aún infantil, haciéndose fotos encima de cañones, ridículamente apretado en su ropa. Le preguntaba por ejércitos, con la agrietada voz de la testosterona, y él me explicaba algunas cosas que he olvidado. Ya no volvimos a tener esa relación, una relación que quizá entonces no era del todo como la recuerdo.

En un centro comercial de Forlì, la ciudad donde vivían mis tíos, había una oferta de la marca Dunlop. Vendían la ropa a menos de la mitad de precio. Vani esperó conmigo una cola de casi treinta metros mientras mi tía y mis padres se tomaban algo en una terraza. Quizá yo había elegido a Vani porque me compraba zapatillas de deporte.